

*Perdidos en los mitos del tiempo:
De Eneas a Rómulo, Remo y Roma*

Los romanos elaboraron dos historias sobre su fundación. Una, por sorprendente que nos parezca, era puramente griega. Estaba inspirada en el episodio quizá más famoso de lo que los griegos consideraban *su* primitiva historia heroica: la guerra de Troya, que supuestamente aconteció (de acuerdo con nuestro sistema de datación) en torno a 1200 a. C., la historia del sitio de Troya (en el oeste de Turquía) por parte de los griegos para recuperar a Helena.

Este acontecimiento constituyó el tema de la primera literatura de Occidente: el poema épico de la *Ilíada*, compuesto por el bardo griego Homero en *c.* 700 a. C., época en que muchos griegos emigraban a Sicilia y al *sur de Italia*. En esta historia, Homero comentaba que un héroe troyano de poca importancia, Eneas, estaba destinado a sobrevivir a la guerra para después establecer una dinastía que gobernaría en una Troya resucitada. Pero, según reza la historia, Troya fue quemada hasta los cimientos y abandonada, y los troyanos supervivientes huyeron de aquella tierra. ¿Adónde fueron Eneas y el resto de los troyanos? ¿Cómo pudieron «resucitar» Troya? A partir del siglo VI a. C., también los griegos empezaron a hacerse esta misma pregunta. Algunos contaban historias según las cuales había atravesado Italia junto con otros héroes de la guerra, griegos y troyanos. A finales del si-

glo v a. C., el historiador griego Helánico le considera el fundador de Roma; no sabemos si inducido por los propios romanos.

Sin duda los romanos querían hacer suya la historia de Eneas. ¿Por qué? Porque para los romanos, los griegos eran una «leyenda viva», y querían estar vinculados a ellos. Así pues, los romanos relataron cómo, tras la caída de Troya y después de numerosas aventuras a través del Mediterráneo, Eneas y sus partidarios llegaron a las costas italianas y, con la bendición de Júpiter (rey de los dioses), fundaron la raza romana. Ahora podían alardear de que su lugar en la historia estaba al mismo nivel que el de los famosos griegos. La historia de Gran Bretaña fue elaborada de forma parecida por el historiador del siglo XII d.C. Geoffrey de Monmouth, que aseguraba que el primer rey era descendiente de Eneas: ¡Brutus-Bretaña-Brutaña! Todo el mundo quería estar relacionado con los griegos y los romanos.

Así pues, la de Eneas es una historia narrada por los romanos acerca de su fundación. La otra es muy distinta. Numitor, rey de la antiquísima ciudad itálica de Alba, fue derrocado por su hermano Amulio. Numitor tenía una hija, Rea Silvia, y como Amulio no quería que concibiese herederos vengativos, decidió convertirla en virgen vestal. No obstante, Marte, dios de la guerra, se cruzó un día en su camino e hizo lo que tradicionalmente hacían los antiguos dioses: la violó, y Rea dio a luz dos gemelos. Amulio se apresuró a arrojarlos al río Tíber, pero la cesta en la que habían sido depositados fue arrastrada hacia la orilla (esto nos recuerda la historia de Moisés). Allí fueron amamantados por una loba hasta que un pastor los encontró. Se los llevó a su casa en Alba donde él y su mujer los criaron. Cuando los gemelos, llamados Rómulo y Remo, crecieron, descubrieron el origen de su nacimiento. Reunieron un ejército, expulsaron a Amulio y restauraron a Numitor en el trono de Alba.

A continuación fundaron una nueva ciudad cerca de Alba y empezaron a construir las murallas. Remo, al burlarse del tamaño de los muros de Rómulo, provocó la ira de su hermano y fue asesinado por este. Así, la nueva ciudad recibió el nombre de *Roma*.

La fecha tradicional de su fundación es 753 a. C., y Rómulo se convirtió en el primero de los siete reyes de Roma.

Esta leyenda de Rómulo era bastante brutal: sin apenas nobleza, ni valor, y muy poco verosímil. Sin embargo, a los romanos les gustaba, ¡eran hijos de Marte! La guerra corría por sus venas. Por otro lado, la ventaja de la leyenda de Eneas era que destacaba otro aspecto del hecho de ser romano, ya que este acabó siendo descrito como un hombre de *pietas*, no exactamente «piedad», sino más bien de «respeto y compromiso con la familia, la ciudad y los dioses». ¡Esto ya está mejor! ¿Cómo no iba a beneficiarse el mundo siendo dominado (como bien ocurriría) por un pueblo cuyo fundador era un hombre tan civilizado? Pero había un problema. ¿Cómo podía encajar la historia de Eneas con la de Rómulo? Los romanos lo consiguieron convirtiendo a Eneas en el fundador del *pueblo* romano y 300 años más tarde a su descendiente Rómulo en fundador de la *ciudad*.

Nuestra principal fuente literaria para este período arcaico es el historiador romano Livio (59 a. C.-17 d. C.), que escribió su relato mil años después del inicio de la historia que quería contar. Por consiguiente, ¿de dónde sacó la información? ¿Y hasta qué punto es fiable? En tiempos de Rómulo no había romanos que escribieran historia, ¡y no digamos en tiempos de Eneas!

Incluso el profundamente patriótico historiador Livio reconoce que puede haber dudas sobre la exactitud de su relato de este período arcaico. No obstante, afirma que, en el caso de Roma, simplemente hay que aceptarlo: «sobre lo que sucedió antes de la fundación de la ciudad, no hago comentarios: se trata de leyenda poética más que de sólida evidencia histórica... pero si alguna ciudad *tuviera* derecho a vincular sus orígenes a los dioses, sin duda sería Roma. Pues su gloria militar es tal que cuando dicen que el propio Marte fue su Padre, y el Padre de su fundador, las tribus de este mundo lo aceptan resignadamente, del mismo modo que aceptan el dominio de Roma».

Es una cuestión complicada. No había ninguna concesión en la firme convicción de los romanos de que su dominio sobre el

mundo estuviera justificado porque los dioses lo hubieran decretado.

Livio confió casi por completo en historiadores anteriores, griegos y romanos. El historiador griego del siglo III a. C. Timeo escribió extensamente sobre los romanos. El primer historiador romano que escribió sobre Roma fue Fabio Pictor (c. 200 a. C.). El romano Varro (116-27 a. C.) redactó voluminosas enciclopedias de conocimiento, recogido de todas partes. No sabemos de dónde sacaron su información ninguno de los dos. Sin duda la tradición oral debió de desempeñar un importante papel, pero los romanos también conservaban *archivos documentales* y algunos de ellos se remontaban a mucho tiempo atrás: listas de cónsules, tratados, concesiones de ciudadanía, legislación, etc.; registros anuales de acontecimientos como hambrunas, guerras, triunfos, etc.; y listas de cargos funcionariales.

Así pues, Livio seleccionó lo que quiso de estos historiadores y a continuación «reelaboró» sus historias para que encajasen en su visión de la historia de Roma. Al ser uno de los mayores narradores que han existido, los resultados son sensacionales: relatos altamente teatrales, repletos de «Lecciones para Hoy», todos ellos explicando cómo se convirtieron los romanos en *auténticos romanos de cinco estrellas y con cantos dorados*. Sin duda todo ello constituye una lectura maravillosa, pero una cuestión muy distinta es la exactitud del relato.

¿Es posible verificar el material de Livio? El enciclopedista Plinio el Viejo (muerto a causa del Vesubio en 79 d. C.), el ensayista histórico Plutarco (46-120 d. C.) e historiadores de Roma como Dionisio de Halicarnaso (que escribió c. 10 a. C.) y Dión Casio (c. 165-230 d. C.) ofrecen todos su propia «elaboración» de estas historias. Pero ¿por qué deberíamos confiar más en ellos que en Livio? Es verdad que tenemos también la *arqueología*, con excavaciones que se remontan a 1000 a. C. e incluso antes. En un mundo perfecto, estas excavaciones podrían indicarnos si los relatos de los historiadores son exactos. Sin embargo, todo cuanto hace la arqueología es sacar a la luz restos materiales, no

historias (a menos que se descubran textos). Lo mejor que puede hacer es proporcionar una serie de instantáneas de acontecimientos o tendencias materiales que nos facilitan importante información: por ejemplo, que los pueblos se enriquecen, se empobrecen, se urbanizan, entran en contacto con otras culturas, etc. Los romanos no sabían nada de esta disciplina.

Así pues, una advertencia: cualquier relato de Roma hasta 300 a. C. ha de tomarse *cum grano salis* (con un grano de sal).

CUANDO ROMA ERA SIMPLEMENTE UNA CIUDAD MÁS

Estamos acostumbrados a asociar Roma con el dominio del mundo: imperio romano, Iglesia Católica Romana, etc. Por consiguiente, es fácil olvidar que en *c.* 1000 a. C. Roma no era más que unas cuantas aldeas compuestas por chozas de paja, dispersas en torno a una colina. Con el tiempo este emplazamiento constituiría las famosas Siete Colinas de Roma. Las ventajas de Roma eran su capacidad defensiva debido a la altura; su posición en medio de una llanura muy fértil de suelo volcánico; y su ubicación junto al río Tíber, que le proporcionaba un fácil acceso al mar, al valle del Tíber tierra adentro y al otro lado del río en dirección norte, porque por este lugar podía ser vadeado.

Dicho de otro modo, Roma era una ciudad fronteriza. En aquella época nadie hubiera podido imaginar que aquel pueblo de la colina llegaría un día a dominar y unificar toda la península itálica, y no digamos el mundo conocido. Es exactamente lo mismo que si hoy el mundo estuviera regido por el consejo local de Newcastle upon Tyne, en el Reino Unido, o de Buffalo, en Nueva York.

LAS SIETE «COLINAS» DE ROMA

Roma fue construida sobre suelo volcánico, y sus Siete Colinas eran escarpadas y accidentadas, no como la ondulada campiña

inglesa. La mayoría de ellas no eran verdaderas colinas sino más bien crestas recortadas por los arroyos que discurrían desde las alturas hasta el valle del Tíber. Tradicionalmente, las Siete Colinas eran Palatino, Capitolino, Quirinal, Viminal, Esquilino, Celio y Aventino. Pero había tantas que incluso los romanos tuvieron dificultad en tomar la decisión final. También había colinas o crestas más pequeñas que surgían de aquellas, como son Oppio, Fagatal, Cispio y Velio. El monte Janículo estaba al otro lado del río, y en frente estaba el Vaticano. Livio dice que estas colinas estaban pobladas por pueblos nativos que después fueron conquistados por los romanos y posteriormente aceptados como ciudadanos romanos. Todo este complejo fue finalmente amurallado en *c.* 387 a. C.

EL NOMBRE DE ITALIA

En aquella época Italia era una mezcla de diferentes tribus independientes, todas con sus propias identidades, lengua y niveles de cultura. Se han identificado unas cuarenta lenguas diferentes, en su mayoría indoeuropeas. Roma estaba ubicada en el Lacio, flanqueada al norte por los etruscos (de Etruria) y al este por los sabinos y los samnitas (de Samnio). Entonces, ¿cómo acabó llamándose Italia la península entera? *Italia* al principio se refería solamente al cuarto inferior de Italia colonizado por los griegos. Por consiguiente, los romanos pensaron que el nombre lo habían inventado los griegos. De hecho, había una palabra de un dialecto primitivo, *vitelia* («becerro», del latín *vitulus*); los romanos creyeron que los griegos habían convertido este nombre en *Italia*, probablemente para reflejar la riqueza y fertilidad del sur. Poco a poco el nombre fue arraigando. En siglo III a. C., *Italia* abarcaba toda la Italia actual excepto el norte; bajo el emperador romano Augusto (siglo I a. C.) acabó incluyendo todo el territorio hasta los Alpes.

¿POR QUÉ «LATÍN»?

«Latín» viene de *latini*, «latinos». Este era el nombre del pueblo que ocupaba la zona conocida como Lacio, donde estaba situada Roma: los romanos eran un pueblo latino. Pero ¿por qué Lacio? Los romanos tenían una historia en la que el antiguo dios romano Saturno fue derrocado por su hijo menor Júpiter. Huyó al Lacio y se escondió allí: *latebat* en latín. Esta derivación es una auténtica estupidez, como casi todas las derivaciones que los romanos fabularon, pero es histórica en el sentido de que los romanos se lo creían.

LA EXPANSIÓN DEL LATÍN

La primera inscripción en latín se halla en una vasija fechada en el siglo VIII a. C. Dice así: *Manios med vhevhaked Numasioi*, en latín clásico, *Manius me fecit Numerio*, es decir, «Manio me hizo para Numerio». La cantidad de inscripciones latinas arcaicas que se han conservado indica que los romanos se alfabetizaron en torno al siglo VII a. C.; y a medida que Roma iba extendiendo su poder, la lengua latina seguía su mismo camino, desplazando poco a poco las lenguas locales, a pesar de que no había ninguna imposición. Por consiguiente, el latín acabó convirtiéndose en la *lingua franca* de toda Italia alrededor del siglo I a. C., hasta que finalmente se impuso en la mitad occidental del mundo conocido a medida que los romanos fueron conquistándolo: el francés, el español y el italiano son todos dialectos del latín. Los romanos conquistaron también Grecia, pero esto nunca supuso el desplazamiento de *aquella* lengua antigua y venerada.

LA PRONUNCIACIÓN LATINA

Tenemos testimonios palpables de los sonidos individuales de las letras latinas. Por ejemplo, los historiadores griegos transcri-

bieron nombres latinos al griego. Asumiendo que sabemos cómo se pronunciaba el griego, cabe esperar que su transcripción nos diga algo sobre el latín. Así pues, *Cicero* se transcribió como *Kikerôn*, no *Siserôn* (el *-ôn* es una terminación griega), es decir, la «c» latina tenía una pronunciación fuerte. Los griegos transcribieron también *Valerius* como *Oualérios*, indicando nuevamente que la «v» se pronunciaba como una semivocal, más como una «u» que como una «v». Por lo tanto, el *veni, vidi, vici* de Julio César sonaría «ueni, uidi, uiki». No obstante, en cuanto a uso, en inglés seguimos nuestras propias convenciones de pronunciación y ortografía.

21 DE ABRIL DE 735 A. C.

Para los romanos era importante establecer con la mayor precisión posible todo lo relativo a la fundación de Roma, especialmente la fecha. El primero que sabemos que propuso una fecha es el historiador griego Timeo. Utilizó los métodos griegos de datación para establecerla en 814 a. C. Esto parece que hizo pensar a los romanos contemporáneos acerca de una fecha real, y se propusieron los años 748, 728 y 751. La fecha tradicional es la que patrocinó el anticuario romano Varro: el 21 de abril de 753 a. C. No sabemos cómo llegó a esta conclusión, pero no tiene relación alguna con lo que la arqueología ha descubierto sobre el desarrollo de Roma. Esta deja claro que el Palatino estaba habitado desde 1000 a. C.

SOLUCIONES LUPINAS

Según la tradición, cuando Rómulo y Remo iban a la deriva en el Tíber, embarrancaron en la orilla justo en el lugar donde posteriormente los romanos celebraban una fiesta llamada las Lupercales. *Lupa* es la forma latina de «loba». Por lo tanto, es posible que

lupa se introdujese en la historia de la cría de los gemelos para explicar el nombre de la fiesta. No obstante, algunos romanos eran escépticos ante la idea de que los gemelos fueran hijos del dios de la guerra y de Rea Silvia. De manera que jugaron con la idea de que en realidad fueran los retoños de una prostituta, puesto que este es el otro significado de *lupa* en latín. Estamos en lo cierto al dudar de cualquier precisión histórica al respecto. Los romanos iban confeccionando la historia a medida que avanzaban.

RÓMULO Y REMO

No tenemos ni idea de cuál es la verdadera derivación de la palabra *Roma*. Los antiguos griegos llamaban a Roma *Rhômê*, que en griego significaba «fuerza, poder». ¡Es fácil ver por qué los romanos se entusiasmaron con esta derivación! *Romulus* significa «pequeño romano», y puesto que las es y las os a menudo se asocian lingüísticamente (compárese en inglés «foot» y «fect»), *Remo* podría ser otra forma de la raíz *Rom-*. Evidentemente, ambos son nombres inventados para personajes míticos, destinados a establecer un fuerte vínculo con *Roma*.

PUERTAS ABIERTAS EN ROMA

Se contaba a los romanos que Rómulo encontró el emplazamiento de Roma completamente desierto. Por consiguiente, convirtió el Capitolio en un refugio e invitó a los emigrantes de todas partes, o a quienes buscasen asilo, a acudir allí: esclavos fugitivos, exiliados, indigentes, deudores, todos eran bien recibidos. Es muy posible que algo parecido ocurriese de verdad en algún momento de la historia primitiva de Roma. La razón es que, cerca del Capitolio, se han encontrado ofrendas votivas (agradecimientos a los dioses por haber atendido a las plegarias) fechadas en una

época anterior a la colonización de aquella zona. ¿Era, pues, una zona de refugio? Si es así, debió de convertirse en parte del mito de Rómulo porque «explicaría» los orígenes de uno de los rasgos más singulares de Roma: su política de «puertas abiertas» a los no romanos. En efecto, la Roma posterior bullía de «extranjeros» hasta el punto de que la lengua más escuchada allí era el griego y no el latín, porque era el idioma mediterráneo universal. Así pues, a pesar de que la *historia* de Rómulo y Remo es sin lugar a dudas inventada, es posible que haga referencia a incidentes que los romanos de la época consideraban importantes.

DE ESCLAVO A CIUDADANO

El buen recibimiento que Rómulo dispensaba a todos los que llegaban para expandir su población «explicaba» otro fenómeno exclusivamente romano: su actitud liberal hacia la condición de ciudadano. Desde épocas muy tempranas, los romanos extendían de manera habitual la ciudadanía a los pueblos que habían sometido. Es más, los esclavos, una vez liberados, se convertían *automáticamente* en ciudadanos; y en los siglos posteriores, los aristócratas de origen esclavo, y los esclavos liberados (libertos) que prosperaban, serían moneda corriente en Roma. Esta predisposición a convertir a la gente en ciudadanos contrasta fuertemente con los griegos, que atesoraban celosamente este privilegio. Con el tiempo, esta actitud redundaría en el concepto de «ciudadano del mundo».

RÓMULO Y EL RAPTO DE LAS SABINAS

Los inmigrantes varones estaban muy bien, pero necesitaban mujeres para engendrar romanos, y había una escasez desesperante. Los llamamientos de Rómulo a las aldeas del lugar recibieron una fría respuesta: ¿quién querría casarse con aquella chus-

ma? Así pues, decidió tentar a algunos de los sabinos lugareños (que vivían en la colina Quirinal) organizando una fiesta religiosa con carreras de caballos. Acudieron en tropel al espectáculo, y al mismo tiempo pudieron admirar la nueva y hermosa ciudad que estaba creciendo en las inmediaciones. Sin embargo, a la señal acordada, los romanos se apoderaron de las jóvenes sabinas (nótese que la palabra utilizada, *raptus*, significa «captura, abducción», no «violación»*) y huyeron con ellas, prometiendo convertirlas en mujeres honradas. Los romanos consiguieron rechazar ataques vengativos, y en la batalla final contra los sabinos, las propias mujeres intervinieron con éxito suplicando a sus antiguas familias que desistieran, diciendo que las habían tratado bien y que eran felices en sus nuevos hogares. El resultado fue un acuerdo de paz, y los sabinos fueron bien recibidos como romanos. En cualquier caso, esta es la maravillosa versión de Livio, que espoleó la imaginación de artistas posteriores como Poussin y David.

LUCHAS ESTACIONALES

En los primeros años, los romanos combatían con mucha frecuencia, probablemente en forma de ataques relámpago o venganzas entre clanes dirigidos por sus jefes. Tras una campaña de un día más o menos, regresaban para trabajar en sus granjas. Dicho de otro modo, constituían un ejército irregular de ciudadanos granjeros. Es más, puesto que no se puede vivir solo combatiendo, sino que hay que alimentarse, los romanos luchaban entre los meses de marzo y octubre, es decir, cuando era más fácil obtener comida. El resultado era que los varones romanos más aptos tenían buena experiencia militar en su haber: una tradición que no cambió a lo largo de los siglos.

* En inglés el término utilizado es «rape» que, efectivamente, significa «violar». (*N. de la t.*)

TARPEYA LA TRAIIDORA

Los romanos castigaban a los traidores arrojándolos desde la roca Tarpeya, un precipicio situado en el Capitolino. Debe su nombre a la traidora Tarpeya, una virgen vestal hija del comandante romano. Durante el sitio de Roma por parte de los sabinos, fue sobornada por estos «con lo que llevaban en su brazo izquierdo» (sus brazaletes de oro) a cambio de que les franqueara el acceso a la ciudadela. Pero en el brazo izquierdo también llevaban los escudos, así que cuando entraron la aplastaron con éstos hasta morir. Fue enterrada cerca de la roca a la que dio su nombre. De todos modos, esta es la historia.

PATRES, PLEBS Y SENADO

Livio nos cuenta que Rómulo creó los *cien patres* («padres»), un conjunto de consejeros compuesto por los miembros ricos de los clanes (*gentes*). Después cada rey elegía a los *patres* (o «patricios») que quería que le asesoraran. Con el tiempo este cuerpo se convertiría en un Senado completamente desarrollado (en latín, *senex*, «anciano»), el venerable cuerpo asesor de Roma. Los miembros de los *gentes* que *no* habían obtenido *patres* fueron denominados «plebeyos», derivado de *plebs*, «pueblo». No obstante, en aquella época el término «plebeyo» no tenía connotaciones de clase, sino que simplemente distinguía a los clanes que no habían ganado favores reales de los demás. Con el tiempo desapareció incluso esta distinción. Tenemos, pues, una importante institución romana, el Senado, cuya invención se atribuye a Rómulo. Muy útiles, los mitos.

LA MUERTE DE RÓMULO

Mientras que una historia relata que Rómulo dejó esta vida ascendiendo al cielo en una nube, la otra sostiene que fue asesina-

do, ¡hecho pedazos por los *patres*! Los titulares en rojo de los periódicos, o sus equivalentes, ya existían en aquel entonces. Pero todos se tranquilizaron, pues Livio nos dice: un tal Julio Próculo, un hombre conocido por su sabiduría, anunció que Rómulo se le había aparecido y le había dicho que la voluntad del cielo era que Roma gobernase el mundo. Desde el inicio, nos dice Livio, los dioses habían señalado a Roma para que dominase el mundo.